

CAPÍTULO XLIV

Los Diálogos de Platon.

Por lo mismo que, ya por falta de datos, ya por la inseguridad de los que nos han sido transmitidos, es muy incompleto el conocimiento que tenemos de la vida de Platon, y en especial de la acción é influencia que por su magisterio ejerció entre sus contemporáneos, debemos con mayor motivo felicitarnos de que se hayan conservado hasta hoy sus escritos, y de que en la colección de sus obras, no falte, al parecer, ni una siquiera de las que fueron en la antigüedad consideradas como suyas. Pero esta rara compensación, dista mucho de ser suficiente para resolver todas las cuestiones á que hasta ahora no se ha encontrado solución satisfactoria. Ante todo, si es verdad que poseemos todas las obras de Platon, está muy lejos de ser cierto que la colección que corre con su nombre, no contenga más producciones que las que realmente son de este filósofo. Pero es infinitamente más interesante determinar la época en que apareció cada una de las que son propiedad indiscutible de Platon, puesto que, como pudiera demostrarse y salvas muy pocas excepciones, la sospecha de ilegitimidad sólo recae sobre obras de escasa importancia. El verdadero nudo de la que suele designarse con el nombre de «cuestión platoniana» estriba evidentemente en la solución que á aquel problema se haya de dar. Sólo llegando á determinar con seguridad la época de la sucesiva aparición de cada uno de los diálogos, podrían señalarse las relaciones que existen entre éstos y los hechos conocidos de la vida de Platon, y comprenderse con claridad las modificaciones producidas por el transcurso del tiempo, y en parte también por la acción de externas influencias, en las opiniones de este filósofo; lo cual pudiera con razon llamarse su proceso psicológico.

Parécenos conveniente al fin que nos proponemos, tratar en

primer lugar lo que al origen y carácter de la colección hasta hoy conservada se refiere. Poco es lo que sabemos acerca de la formada por el célebre gramático alejandrino Aristófanes de Bizancio, unos cincuenta años después de la muerte del filósofo; hasta el punto de que ni aun el número de las obras que en ella se incluían, puede con seguridad determinarse. A los cinco grupos, llamados trilogías por constar cada uno de ellos de tres obras, seguían otras no incluidas en grupo alguno ¹⁾. Así, es imposible decidir si á las producciones ya incluidas en la colección por Aristófanes de Bizancio, se agregaron ó no otras en los doscientos años que mediaron entre la época en que floreció éste y la en que vivió el astrólogo y gramático Trasilo, muerto en los últimos años del emperador Tiberio, á quien se debe la colección hoy existente, según demuestra el orden seguido en los manuscritos ²⁾. Trasilo las distribuyó no en cinco trilogías, sino en nueve tetralogías.

La afirmación terminante de que semejante manera de unir y relacionar unas obras con otras se apoya en el proceder del mismo Platon ³⁾, es tanto más sorprendente, cuanto que á diálogos como el *Teeteto*, el *Sofista* y el *Político*, cuyas conexiones indicó ya su mismo autor, vemos que sin razon alguna ostensible Trasilo agrega el *Cratilo*. Despierta desde luego en nosotros justificada desconfianza de su crítica, no sólo la importancia que atribuye á la misteriosa significación del número total de las obras de Platon y al de los libros de que las dos más extensas, la *República* y las *Leyes*, constan ⁴⁾, sino también y más especialmente, las dudas que él mismo manifiesta tener ⁵⁾ sobre la autenticidad de los *Anterastas*, que admite en su Catálogo. Esta circunstancia basta por sí sola para echar por tierra la idea de que Trasilo únicamente había dado cabida en su colección, á obras de autenticidad indu-

¹⁾ Diógenes Laercio, 3, 61, enumera las cinco trilogías, añadiendo: τὰ δ' ἄλλα κατ' ἐν και ἀτάκτως.

²⁾ Véase respecto de éste, á C. F. Hermann, *De Thrasylo grammatico et mathematico*, Göttingen, 1852. De él hemos hablado ya anteriormente, como coleccionador de las obras de Demócrito.

³⁾ Diógenes Laercio, 3, 56: Θράσυλλος δὲ φησι καὶ κατὰ τὴν τραγικὴν τετραλογίαὶν ἐκδοῦναι αὐτὸν τοὺς διαλόγους, οἷον ἐκεῖνοι τέτρασι δράμασιν ἡγωνίζοντο, ὧν τὸ τέταρτον ἦν σατυρικόν.

⁴⁾ Diógenes Laercio, *loc. cit.*

⁵⁾ Diógenes Laercio, 9, 37: εἴπερ οἱ Ἀντεραστὰ Πλάτωνός εἰσι, φησὶ Θράσυλλος.

dable ó suficientemente garantizada, como alguno ha pretendido ¹⁾, por los Catálogos que en Alejandría se hicieron, y aun más por la tradición conservada en la escuela Platoniana respecto de las obras del maestro.

Prescindiendo de todas las demás razones que demuestran cuán poco pueden influir en nuestra manera de pensar estas consideraciones generales, es el hecho que ya los antiguos mismos sospecharon de la autenticidad de algunas de las obras contenidas en la colección de Trasilo, por razones tan evidentes como incontrovertibles. En este caso se halla el titulado *Segundo Alcibíades*, cuyo fondo está en contradicción manifiesta con las ideas profesadas por Platon. Y si esta circunstancia es suficiente para quitar toda verosimilitud á la opinión de que este diálogo es de Jenofonte ²⁾, lo es aun más para negar á Platon la paternidad de esta obra. De igual modo la opinión de Eliano sobre la ilegitimidad del *Híparco* ³⁾ está confirmada por los defectos de este coloquio. Y por lo que al *Epinomis* se refiere, el juicio definitivo respecto á su origen depende necesariamente de que se confirme ó no la opinión ⁴⁾ de que las *Leyes*, á las cuales, sirve de complemento, según su título indica, no fueron publicadas por el mismo Platon, sino por uno de sus discípulos, Filipo de Opuncia. Si esto fuere verdad, resultaría verosímil la hipótesis de que el *Epinomis* no era obra de otro que del que dió á luz las *Leyes*.

¹⁾ El principal representante de esta tendencia es el conocido escritor de la historia de Grecia, G. Grote, en su obra *Plato and the other companions of Socrates*, London, 1875. Véase especialmente el tomo I, página 132 y ss. Cuán poco valor debía concederse en la escuela á la tradición, demuéstralo claramente una noticia sobre Arcesilao que encontramos en Diógenes Laercio, 4, 32: εἴκει δὲ θαναμάζειν τὸν Πλάτωνα καὶ τὰ βιβλία ἐκέκτητο αὐτοῦ, lo cual apenas habria necesitado si la escuela hubiera estado ya en posesión de estos escritos.

²⁾ Ateneo, 11, p. 506, c: ὁ γὰρ δεύτερος (Ἀλκιβιάδης) ὑπὸ τινῶν Ξενοφώντος εἶναι λέγεται, ὡς καὶ ἡ Ἀλκυὼν Λέοντος τοῦ Ἀκαδημαϊκοῦ, ὡς φησὶν Νικίας ὁ Νικαεύς.

³⁾ *Historias varias*, 8, 2.

⁴⁾ Diógenes Laercio, 3, 37: ἔνιοι τὲ φασὶν ὅτι Φίλιππος ὁ Ὀπούντιος τοὺς Νόμους αὐτοῦ μετέγραψεν ὄντας ἐν κηρῶν τούτου δὲ καὶ τὴν Ἐπινομίδα φησὶν εἶναι. Véase Suidas en *Φιλόσοφος*. Como es natural, no es de gran valor la circunstancia de que los escritores posteriores, Ciceron, por ejemplo, *De oratore*, 3, 6, 21, citen como obra auténtica de Platon el *Epinomis*. En este punto constituía una excepción el neoplatónico Proclo, según la edición de las obras de Platon, hecha por Hermann, tomo 6, p. 218.

No se halla en igual caso que estas hipótesis, apoyadas todas en razones convincentes, el aserto de que el estoico Panecio puso en duda la autenticidad del *Fedon*. Pues si en esto no hay, como parece probable, una mala inteligencia ocasionada por la semejanza de nombre y por el abandono de los escritores posteriores ¹⁾, sería tan inexplicable la duda de Panecio como la del neoplatónico Proclo, si es que realmente intentó negar que la *Re-pública* fuese obra de Platon ²⁾.

Estos ejemplos bastan para hacer ver cuán insegura era ya entre los antiguos la tradición en punto á la autenticidad de las obras que llevan el nombre de Platon; pero sería indudablemente mayor si no fuera porque rara vez aparecen citadas, por ser de suyo insignificantes, aquellas de cuya autenticidad más motivos hay para dudar. Para tener como obras de Platon las que evidentemente no son sino imitaciones, como el *Teages*, el *Minos* y el *Clitofon*, necesitan argumentos de más peso que una tradición por muchos conceptos insegura; y esto, cuando no nos hallamos más bien que con una obra del filósofo con una simple impugnación de sus ideas, que no otra cosa es el último de los diálogos nombrados.

Por lo que á las *Cartas* se refiere, la cuestión es enteramente distinta. Aun cuando, según parece, los antiguos no abrigaron la más ligera duda respecto de su autenticidad, sino que antes al contrario, no titubearon en utilizarlas para comprobar determinadas opiniones de Platon ó vicisitudes de su vida, existen argumentos que no nos permiten pensar que haya sido su autor aquel filósofo. Aunque sea exacto que varias de estas cartas tienen mucho más mérito del que generalmente suelen tener producciones de esta índole, y aunque parece que con la fecha que á algunas debe indudablemente atribuirse, concuerda el conocimiento más exacto que en ellas se revela de la situación ó circunstancias de la época, todas sin excepción, son falsas; y hay

¹⁾ Según todas las apariencias, los escritores posteriores han aplicado por error al diálogo de Platon intitulado *Fedon*, lo que Panecio había dicho acerca de la dudosa autenticidad de los diálogos atribuidos al socrático de este nombre. Véase sobre el particular á E. Zeller, *Beiträge zur Kenntnis des Stoikers Panätios*, en COMM. IN HON. MOMMSEN, p. 407 y 408. Si Panecio hubiera dicho tal cosa, sin duda habría aludido á ello Ciceron, por ejemplo.

²⁾ Véanse las investigaciones de Freudenthal, en el HERMES, vol. 16, p. 201 y siguientes.

tanto más motivo para creerlo así, cuanto que, según parece, se hizo uso en cierta época de la forma epistolar para fines análogos á los que venía sirviendo la forma dialogada. Ahora bien: no habiendo noticia de que se intentara presentar á Platon hablando en diálogos, como se había hecho con Sócrates, es de creer que fuera este el medio de que se sirvieran para describir el carácter ó expresar ideas, que se tuviese particular interés en atribuir á Platon ¹⁾. Y aunque en algunos casos constituyeron los hechos reales el fondo por decirlo así, histórico, de semejantes producciones, es indudable que sus autores los manejaron con la misma libertad que Platon se permitió en sus diálogos. Por esto su valor como testimonios históricos, es por extremo inseguro.

Con las obras hasta aquí enumeradas no puede en manera alguna considerarse como agotada la serie de aquellas sobre cuya autenticidad recaen fundadas sospechas. Argumentos casi tan poderosos existen contra la de diálogos como los intitulados *Hípias el Mayor*, el *Primer Alcibiades*, *Ion* y *Menexeno*, si bien en favor de este último parece abogar el testimonio, en otros casos decisivo, de Aristóteles ²⁾; es claro, sin embargo, que la falta de este testimonio no demuestra en manera alguna la ilegitimidad de una obra. Así, el *Protágoras*, por ejemplo, aun cuando por casualidad ó por otra razón cualquiera, no lo cita nunca Aristóteles ³⁾, pertenece al número relativamente escaso de diálogos, de cuya autenticidad no se ha atrevido á dudar ni aun el más severo crítico. Hay

¹⁾ A tales ensayos debían referirse las palabras de Demetrio, *De elocutione*, § 223: 'Αρτέμων μὲν οὖν ὁ τὰς Ἀριστοτέλους ἀναγράψας ἐπιστολάς φησιν, ὅτι δεῖ ἐν τῷ αὐτῷ τρόπῳ διαλογὸν τε γράφειν καὶ ἐπιστολάς εἶναι γὰρ τὴν ἐπιστολὴν οἶον τὸ ἕτερον μέρος τοῦ διαλόγου.

²⁾ El texto del libro III de la *Retórica*, cap. 14, p. 1415, b, 30: ὁ γὰρ λέγει: Σωκράτης ἐν τῷ Ἐπιταφίῳ, ἀληθὲς, ὅτι οὐ χαλεπὸν Ἀθηναίους ἐν Ἀθηναίοις ἐπαινεῖν ἀλλ' ἐν Λακεδαιμονίοις, concuerda con lo que se dice en el *Menexeno*, p. 235, d, y 236, a. Análogos pasajes del libro I de la *Retórica*, cuyo origen aristotélico es, dicho sea de paso, más indudable que el del III, cap. 9, p. 1367, b, 8: ὡσπερ ὁ Σωκράτης ἔλεγεν, οὐ χαλεπὸν Ἀθηναίους ἐν Ἀθηναίοις ἐπαινεῖν, autorizan á inferir que se trataba de una conocida máxima de Sócrates que los antiguos conservaban en la memoria. Merece también tenerse en cuenta la preterición del nombre de Platon. Por lo demás, Böckh cree en la autenticidad del *Menexeno*. Véase su *Encyclopädie und Methodologie*, p. 118.

³⁾ Bonitz, en el HERMES, vol. 3, p. 447 y ss., ha demostrado que alude repetidamente á él.

no obstante, casos en que la falta de todo testimonio constituye un argumento de la mayor importancia, sobre todo cuando á ella se agregan otras razones que hacen sospechar de la autenticidad de una obra. Si es, pues, exacto que el *Parménides*, diálogo que tampoco cita Aristóteles y en el que se observan muchos rasgos que no están de acuerdo con el procedimiento ordinario de Platon, no es en el fondo, como alguno muy ingeniosamente ha sospechado ¹⁾, otra cosa que una refutación de los argumentos formulados por Aristóteles contra la ideología de Platon, y dado que su lenguaje se diferencia notablemente del de las producciones de este filósofo ²⁾, difícilmente podremos dejar de creer que fué obra de un autor posterior.

No podemos descender aquí á exponer minuciosamente las razones que militan en pro de la falsedad de los diálogos nombrados, hoy generalmente admitida, á lo menos respecto del mayor número de éstos, pues para ello sería necesario entrar también á discutir una serie de dudas, la mayor parte basadas en hipótesis arbitrarias, que con frecuencia se han formulado acerca de otros diálogos. Lo primero debe quedar reservado para trabajos especiales de investigación, y en cuanto á lo segundo, nos parece perfectamente supérfluo el intentar combatir aquí simples opiniones personales, ó conclusiones que, en pugna con toda tradición, sólo se fundan en aprensiones y prejuicios.

En cuanto al hecho de haberse interpolado muy pronto otras obras entre las de Platon y haber corrido con el nombre de éste —ya Aristófanes de Bizancio había dado cabida en sus trilogías al *Epinomis*, al *Minos* y á las *Cartas*—no sólo lo evidencia la mención incidental que los antiguos hacen de varios diálogos ³⁾, si no también la existencia de algunos que desde la antigüedad vienen siendo señalados como apócrifos en nuestras ediciones ⁴⁾, por más que ni en unos ni en otros se ocupó, á lo que parece, Trasilo. Dada la escasa importancia de estas obras no debe in-

¹⁾ Véase Überweg, *Untersuchungen über die Echtheit und Zeitfolge Platonischer Schriften*, Wien, 1861, p. 176 y ss.

²⁾ Véase Dittenberger, *HERMES*, vol. 16, p. 324.

³⁾ Diógenes Laercio, 3, 62, los menciona.

⁴⁾ Además del *Axioco*, de que ya hemos hablado, pueden citarse el *Demodoco*, el *Sisifo*, el *Erixias* y los diálogos *Sobre la Justicia* y *Sobre la Virtud*. Los cuatro primeros los cita Diógenes Laercio. Es oscuro y enigmático lo que Walz, *Rhet. gr.*, t. 2, 130, dice de un coloquio intitulado *Temístocles*.

teresarnos gran cosa el que sea trabajo casi inútil tratar de averiguar algo cierto sobre sus autores, ó sobre la época de su publicación ¹⁾. Mas ya que existen, pueden servir por un lado para demostrar que siguió cultivándose el diálogo socrático, mientras que por otro la falta de relevantes cualidades que tanto en su fondo como en su forma, se advierte, hace resaltar más el gran mérito de las verdaderas producciones de Platon.

Ciertamente que si la excelencia del fondo y la belleza de la forma fueran por sí solas bastantes para poder formar juicio sobre la autenticidad de una obra, podríamos pensar que en el número de las ya designadas como apócrifas, debieran ser incluidas otras varias. Pero aunque en realidad no puede ponerse en duda que bajo este doble aspecto existe notable diferencia entre unas y otras obras de Platon, esto se explica admitiendo que el filósofo no alcanzó sino muy lentamente la altura á que logró elevarse, tanto en profundidad de ideas como en la ejecución artística, y que por esto algunos de los trabajos de su juventud, están muy lejos de ser perfectos. Ahora bien: si es difícil objetar nada contra la probabilidad de esta hipótesis, también es verdad que se tropieza con graves dificultades, cuando se trata de apoyarla en testimonios explícitos. Respecto de los diálogos de Platon, no hay huella que podamos seguir para determinar el tiempo de su aparición, fundándonos en documentos auténticos, como los que hallamos al tratar de las obras dramáticas. Prescindiendo de algunas indicaciones incidentales, cuyo valor es frecuentemente muy problemático, nos vemos reducidos á meras hipótesis cuando, como sucede con un escaso número de diálogos, la época de la publicación no se deduce con claridad del fin á que ésta iba encaminada.

No se necesita, por fortuna, recurrir á cuentos como los relativos al breve diálogo *Lysis* ²⁾, para demostrar que las primeras producciones de Platon fueron publicadas en vida de Sócrates. Los diálogos *Chármides*, *Laches* é *Hípias el Menor* además del que acabamos de nombrar, son sobre todo los que debemos examinar aquí. De éstos y bajo el punto de vista literario, tal vez sea el *Hi-*

¹⁾ Sólo respecto al *Alcion*, diálogo que se ha perdido, encontramos una hipótesis sobre quién fué su autor. Véase la nota 2 de la pág. 153 del presente tomo.

²⁾ Diógenes Laercio 3, 35. Lo mismo, aunque en distinta forma, se dice en la Introducción á las obras de Platon, cap. 3. De la misma fuente debía proceder la exclamación que Ateneo, 11, p. 505, e, pone en boca de Gorgias, al leer el diálogo que lleva su nombre.

pias el más imperfecto: la conversación sostenida entre Sócrates y el sofista orgulloso de su ciencia, está de tal modo desarrollada, que es difícil decidir cuál de los dos lleva ventaja al otro. Aparte de esto, la afirmación de Sócrates de que son mejores los que á sabiendas mienten ó cometen injusticias, no sólo tiene mucho de sutileza, sino que se funda en el sofisma de que la imitación de una acción es idéntica á la acción misma. Todo esto ya lo hizo notar Aristóteles, aunque aduciéndolo como argumento en favor de la autenticidad de la obra ¹⁾.

Si la agrupación de los diálogos de Platon en trilogías tuviera alguna razón de ser, podrían cómodamente formar una los tres diálogos *Lysis*, *Laches* y *Chármides*. Constituye el asunto del primero una discusión sobre la amistad, que tiene muchos puntos de contacto con las ideas más tarde desenvueltas en el *Fedro*. La agradable exposición del tema, las digresiones contra los sofistas, dan al conjunto innegable encanto, por más que no sea muy fuerte la impresión que nos produzca. Como en el *Lysis* la idea de la amistad, discútese en el diálogo *Laches*, que tiene un carácter análogo, la idea del valor (*ἀνδρεία*). A este fin entáblase un diálogo entre los dos generales Nicias y Laches, con motivo de una sesión de esgrima (*ὄπλομαχία*) dada por un profesor, á la cual fueron invitados por el oscuro hijo de Arístides y por Melesias, hijo de Tucídides. Versa al principio la conversación acerca de si es ó no conveniente instruir á la juventud en este arte nuevo, colocado al nivel de la Retórica y la Sofística ²⁾. Entre las opuestas opiniones de Nicias y Laches, debe decidir Sócrates que por casualidad se halla presente; con esto remóntase la discusión á grande altura, al tratarse de determinar la verdadera esencia de la virtud en sus relaciones con el valor. Ahora bien: mientras Laches, á pesar de las indicaciones de Sócrates no acierta á elevarse sobre lo puramente externo, Nicias, por el contrario, relaciona la idea de la *ἀνδρεία*, en el sentido que le da Sócrates, con la de *σοφία*. De esta suerte conviénese en definitiva, como en el *Protágoras*, en que el valor es el conocimiento de lo que se debe ó no se debe temer ³⁾.

¹⁾ *Metafísica*, 5, 29, p. 1025, a.

²⁾ En el *Lysis*, p. 204, a, se llama al maestro en la palestra, sofista. Véase también *Gorgias*, p. 456, d.

³⁾ *Laches*, p. 194, e: ταύτην ἔγωγε, ὦ Λάχης, τὴν τῶν δεινῶν καὶ θαρραλέων

En el *Chármides*, tercero de los diálogos que hemos mencionado, discútese sobre la virtud que los griegos llamaron *σωφροσύνη*. Juntamente con Sócrates se hallan dos parientes de Platon por parte de madre, Chármides y Cricias, los cuales desempeñan el papel principal. Haciendo uso Platon de su habitual libertad en materias de cronología ¹⁾, los representa á los dos como jóvenes y de la misma edad: con lo cual coloca la escena en un tiempo en que Cricias no podía ser todavía objeto del odio político que más tarde le persiguió. El contraste entre uno y otro no puede ser más completo: Chármides aparece retratado con los mismos rasgos con que nos lo presenta Jenofonte ²⁾: á su belleza y amabilidad reúne una discreción y modestia extraordinarias; mientras que Cricias juntamente con sus grandes talentos muestra excesiva confianza en sí mismo. Sin ser enemigo declarado de Sócrates, como nos le pinta Platon en otros diálogos ³⁾, no revelan su carácter, sus tendencias todas, más que un interés, por decirlo así, de conveniencia, por la filosofía, sintiéndose poderosamente inclinado á la sofística.

Si tratar de resolver por el momento la cuestión de si, además de los diálogos que acabamos de nombrar, hay ó no algunos otros que con bastante verosimilitud pueden ser considerados como anteriores á la muerte de Sócrates, vamos á fijarnos en aquellas obras de cuya publicación fué causa determinante, la acusación y sentencia de este filósofo. En este concepto ocupa el primer lugar la *Apología de Sócrates*, la cual ostenta todo el carácter de una obra de circunstancias. Es desde luego y bajo cierto aspecto la menos artística de las obras de Platon, é indudablemente una reproducción fiel de lo que Sócrates dijo en presencia de sus jueces. Si el fin que Platon se propuso en esta obra hubiera sido realmente, como ha sostenido un distinguido platónico ⁴⁾, ofrecer-

ἐπιστήμην καὶ ἐν πολέμῳ καὶ ἐν τοῖς ἄλλοις ἄπασιν; y *Protágoras*, p. 360, d, donde se define la *ἀνδρεία* diciendo que es ἡ τῶν δεινῶν καὶ μὴ δεινῶν σοφία; esto concuerda con lo dicho por Jenofonte en las *Memorias*, 4, 6, 11.

¹⁾ E. Zeller, *Ueber die Anachronismen in den Platonischen Gesprächen*, en las *ABHANDLUNGEN DER BERL. AKAD.*, 1873, ha coleccionado las pruebas demostrativas.

²⁾ *Memorias*, 3, 7.

³⁾ En el *Protágoras*, donde sin embargo desempeña el papel de simple oyente; en el *Timeo*, y finalmente en el diálogo que lleva su nombre, y que quedó sin concluir.

⁴⁾ Esta es una hipótesis de Steinhart.

nos un retrato completo de Sócrates, aunque vestido, por decirlo así, como con un disfraz, difícilmente pudiera decirse que lo haya conseguido. De todas suertes, la impresión que la *Apología* produce es muy inferior á la que se debía esperar. Como obra de arte, adolece de defectos innegables, entre éstos, de una prolividad fatigosa; y aunque en ella se deja entrever el talento artístico de Platon, la necesidad de no separarse demasiado de lo que sus contemporáneos no podían menos de conocer, ejerció, al parecer, sobre el filósofo, presión manifiesta.

Es dudoso que pueda atribuirse al *Criton* un carácter histórico semejante al de la *Apología*. En cuanto al hecho de que hubo un momento en que fué dueño Sócrates de evadirse de la cárcel, parece aludir á él un pasaje del *Fedon*¹⁾; mas se afirma que Platon, llevado de su odio á Aristipo, atribuyó á Criton el papel que en realidad correspondía á Esquines²⁾. No merece desde luego gran crédito este aserto de un partidario de la doctrina de Epicuro, dado que lo que era asequible para la riqueza de Criton, difícilmente lo hubiese podido conseguir la reconocida pobreza de Esquines. Por lo demás no es este hecho el que constituye el asunto principal del diálogo *Criton*, sino más bien el pensamiento de que es siempre deber ineludible de todo ciudadano prestar obediencia á las leyes del Estado. Fué en la antigüedad muy admirada é imitada la prosopopeya que forma la conclusión de la obra: en ella hablan las leyes para recordar cuán necesario es cuidar de no contravenir á los estatutos que rigen en el infierno. La alusión á la existencia de otra vida que estas palabras encierran, en nada se diferencia de alusiones análogas de Píndaro ó de Sófocles. Estas exhortaciones serían indudablemente más firmes y enérgicas, si Platon hubiera adquirido ya entonces el convencimiento profundo y arraigado que revela su *Fedon*.

También el *Eutifron* debió ser escrito inmediatamente después de la muerte de Sócrates. Ni la circunstancia de que no hay testimonio más antiguo en favor de este diálogo que el de Aristófanes

¹⁾ Pág. 99, a. El testimonio de la *Apología*, cap. 23, que corre con el nombre de Jenofonte, no tiene, como es natural, valor alguno, porque procede de una época en la cual hacía ya mucho tiempo que la tradición relativa á Sócrates había recibido forma definitiva.

²⁾ Diógenes Laercio, 2, 60: τοῦτον (esto es, Esquines) ἔφη Ἰδομενεὺς ἐν τῷ δικαστηρίῳ συμβουλευσάτωι περὶ τῆς φυγῆς Σωκράτει καὶ οὐ Κρίτωνι. Πλάτων δὲ, ὅτι ἦν Ἀριστίπῳ μᾶλλον φίλος, Κρίτωνι περιδείναι τοὺς λόγους, y lo mismo en el 3, 36.

de Bizancio, puede hacerse valer en contra de su autenticidad, ni parece tampoco exacto el supuesto de que estaba destinado á influir en la opinión de los jueces, antes de la sentencia, y á recabar una votación favorable á Sócrates. Con tal hipótesis se han tratado de explicar las supuestas imperfecciones de este diálogo; mas como ha demostrado un sabio investigador¹⁾, no existe diferencia alguna esencial entre el *Eutifron* y otros coloquios consagrados como él á definir determinadas ideas. Tiene por objeto el *Eutifron*, señalar las diferencias que existen entre los conceptos que respectivamente tienen Eutifron y Sócrates sobre lo que debe entenderse por la palabra *δσιότης*. Carácter tímido el primero, es el representante de aquella especie de piedad que por hacerse agradable á los dioses no retrocede ni aun ante los actos que en la esfera de la moral son reprobables²⁾; Sócrates, por el contrario, partiendo del principio de que entre lo bueno y lo divino no puede haber diferencia, no acierta á encontrar la piedad sino en la moralidad más completa. Como, con razon, se ha observado, impresiona este diálogo por la ironía del contraste, y por esto sin duda figúrase que se verificaba poco antes de ser presentada contra Sócrates la injusta acusación. Aun cuando no puede negarse la posibilidad de que fuese compuesto más tarde, sin embargo, la manera cómo Sócrates más bien que expone deja adivinar sus pensamientos, quizá tuviera su razon de ser en la dificultad de tratar un tema, que si en todo tiempo era peligroso, en aquel había de parecerlo mucho más.

Cuán aventurado es, por otra parte, intentar sacar partido de los datos que la escena en que se representa cada diálogo pueda suministrarnos, para determinar la época en que fueron compuestos, lo evidencia el ejemplo del *Fedon*, que como está demostrado hace ya tiempo, corresponde á época muy posterior. Pero también han resultado con frecuencia erróneas, muchas apreciaciones basadas en el asunto y en el fin de la obra, como lo prueba concluyentemente el ejemplo del *Menon*, cuyo asunto, esto es, la cuestión de si la virtud puede ser enseñada, era de los más á me-

¹⁾ H. Bonitz, *Platonische Studien*, 2.ª edic., Berlín, 1875, p. 215 y 216.

²⁾ Eutifron quiere acusar á su propio padre como culpable de la muerte de un jornalero, á quien había mandado poner grillos y cadenas por haber asesinado, hallándose ebrio, á uno de sus camaradas, y el cual, por el abandono en que se le tenía, había muerto en la prisión.

nudo discutidos en los círculos socráticos; tanto esto, como el carácter llano y sencillo del *Menon*, pudieran fácilmente inducirnos á tenerle por una de las más antiguas obras de Platon, si la mención que en él se hace de un hecho ocurrido en el año 1 de la 96.^a Olimpiada, 395 a. Chr. ¹⁾, no hiciera enteramente imposible semejante creencia, y si además las palabras que en este diálogo se ponen en boca de Anito, no aludieran manifiestamente al papel que éste desempeñó como acusador de Sócrates ²⁾.

Las dificultades con que se tropieza al querer determinar los motivos que debieron guiar á Platon en la elección del asunto de cada uno de sus diálogos, y más especialmente en la de los personajes que en ellos figuran, revélanse claramente en el citado ejemplo de Anito. Para presentarle en este coloquio debieron mediar poderosas razones, como también—aunque, por lo demás no es ya tan sorprendente—para presentar á Aristófanes en el *Banquete*. Pero cuáles hayan sido éstas, es muy difícil adivinarlo; con tanto más motivo cuanto que la falta de todo género de observaciones preliminares como las que en otros sirven para orientar al lector, hace casi imposible toda explicación satisfactoria de la repentina intervención de Anito en el coloquio sostenido por Menon y Sócrates.

No sucede lo mismo con aquellos diálogos en que, al fin que se desprende del hecho de tratar una determinada cuestión, se une el de poner á Sócrates frente á frente de los más célebres representantes de la escuela sofística. De este modo, los diálogos ganan mucho en interés; si bien es cierto que cuanto más arte emplea en ellos Platon, tanto más justificada parece la duda sobre si semejantes cuadros son exactos y verdaderos bajo todos aspectos, y sobre si tales coloquios, caso de haberse verificado realmente, habrían tomado el giro que ostentan. Prescindiendo de esta reserva—y no hay diálogo escrito con fin polémico que no la reclame—es imposible dejar de admirar una obra como el *Protágoras*. De algunas ideas que en él se desenvuelven, se infiere que también este coloquio fué compuesto en un tiempo en que todavía la influencia socrática se dejaba sentir en Platon más que

¹⁾ Pág. 90, a. Trátase del soborno del tebano Ismenias, por el oro persa, de que habla Jenofonte en las *Helénicas*, 3, 5, 1, y cuyo hecho se menciona también en la *República*, 1, p. 336, a.

²⁾ Pág. 94, e.

cuando compuso sus obras posteriores. Ni la idea del bien que en él campea, se diferencia de la que tenía Sócrates, ni Platon—como lo hizo más tarde—había dejado aun de considerar la piedad como virtud independiente. Esto basta para que podamos atribuir la composición del *Protágoras* al primer período de la carrera literaria del filósofo, por más que no podamos determinar con precisión el tiempo en que lo escribió. Ahora bien; este diálogo, comparado con los que hasta aquí hemos estudiado, es en realidad el más artístico. El decorado escénico es tal vez el más espléndido de los elegidos por Platon. Era aun muy de madrugada cuando Sócrates, que es quien refiere el suceso á un colega cuyo nombre no nos dice el autor, fué despertado por Hipócrates, hijo de Apolodoro, con la noticia de que Protágoras había llegado á casa de Calias. Con este motivo, entáblase entre ambos una conversación, en la que Sócrates, siguiendo su costumbre, pregunta á Hipócrates por qué desea tan vivamente conocer á Protágoras. Ya de día, trasládase ambos á casa de Calias. La repulsa que allí primeramente sufren; su entrada; la brillante asamblea que encuentran; Protágoras, asediado por un enjambre de admiradores, los cuales en sus idas y venidas, cuidan siempre de mantenerse detrás de él; Hippias, rodeado de numerosos oyentes; Pródico, en fin, que envuelto en mantas y pieles, habla con calor en medio de otro corro; toda esta escena está descrita brevemente, pero con la mayor claridad y viveza. Entretanto la sociedad reunida en casa de Calias se anima extraordinariamente. Además de éste y de buen número de individuos entusiastas admiradores de los tres sofistas, hay muchos que, ó habían adquirido ya una posición brillante en la época á que el diálogo se refiere ¹⁾, ó la adquirieron más tarde. En presencia de tan brillante asamblea, á la que después de Sócrates se incorporan Alcibiades y Critias, y con ocasión de la pregunta dirigida por Sócrates á Protágoras sobre si está dispuesto á explicarle á él y á Hipócrates la esencia del arte en que este último desea ser iniciado, comienza un verdadero torneo ²⁾, dividido en varias partes é interrumpido

¹⁾ Claro es que no puede determinarse con exactitud la época; mas como se supone que vivían aún, así Pericles como sus dos hijos, y que Sócrates era todavía muy joven, hay que optar por una época anterior al 432. No parece concordar con esto, sobre todo, la circunstancia de que Calias estuviese ya en posesión de su herencia.

²⁾ Es muy notable, por ejemplo, el pasaje, p. 339, e, en que Sócrates confiesa